

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Eva Illouz

esmehc.contacto@gmail.com

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales

La revolución desde abajo. Las mujeres exigen una transformación profunda “desde abajo”, un hecho sin precedentes en la historia

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 57-58, julio-diciembre 2021, pp. 24-26.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

Las mujeres exigen una TRANSFORMACIÓN PROFUNDA “DESDE ABAJO”, un hecho sin precedentes en la historia

Eva Illouz

Traducción de Esmeralda Hernández Cortés

El feminismo se entiende a menudo como un “movimiento social” o un “movimiento de protesta”. Esto es un gran error. El feminismo no es un “movimiento”, sino nada menos que la segunda gran etapa del proceso de democratización de las sociedades europeas, que se inició en el siglo XVIII.

Señal de su creciente fuerza o del rechazo a este nuevo “injerto” por parte de la sociedad, el neofeminismo está cada vez más amenazado. Después de los primeros momentos de asombro tras las revelaciones de violación, intimidación y acoso por parte de Harvey Weinstein y Jeffrey Epstein, los agentes del orden vuelven a su lugar. Entonces, ¿de qué se acusa al “neofeminismo”, mal llamado así, ya que se basa en aportes teóricos que tienen al menos 40 años?

Las acusaciones son diversas pero se pueden resumir de la siguiente manera: un movimiento que comenzó como una lucha por la justicia ahora está dominado por el resentimiento, pisotea el universalismo inicial y se refugia

en una concepción identitaria y victimista del feminismo; encarna una nueva moral puritana que destruye el carácter lúdico y espontáneo de la sexualidad y confiere al feminismo un carácter punitivo, moralizante y disciplinario; reintroduce la violencia en las relaciones heterosexuales y fomenta la androfobia. Recientemente, en estas páginas, este nuevo feminismo fue condenado al ostracismo por haberse vuelto aburrido y predecible (referencia a una columna de Mazarine Pingeot, publicada el 28 de julio), una crítica demasiado perezosa y condescendiente para insistir en ella.

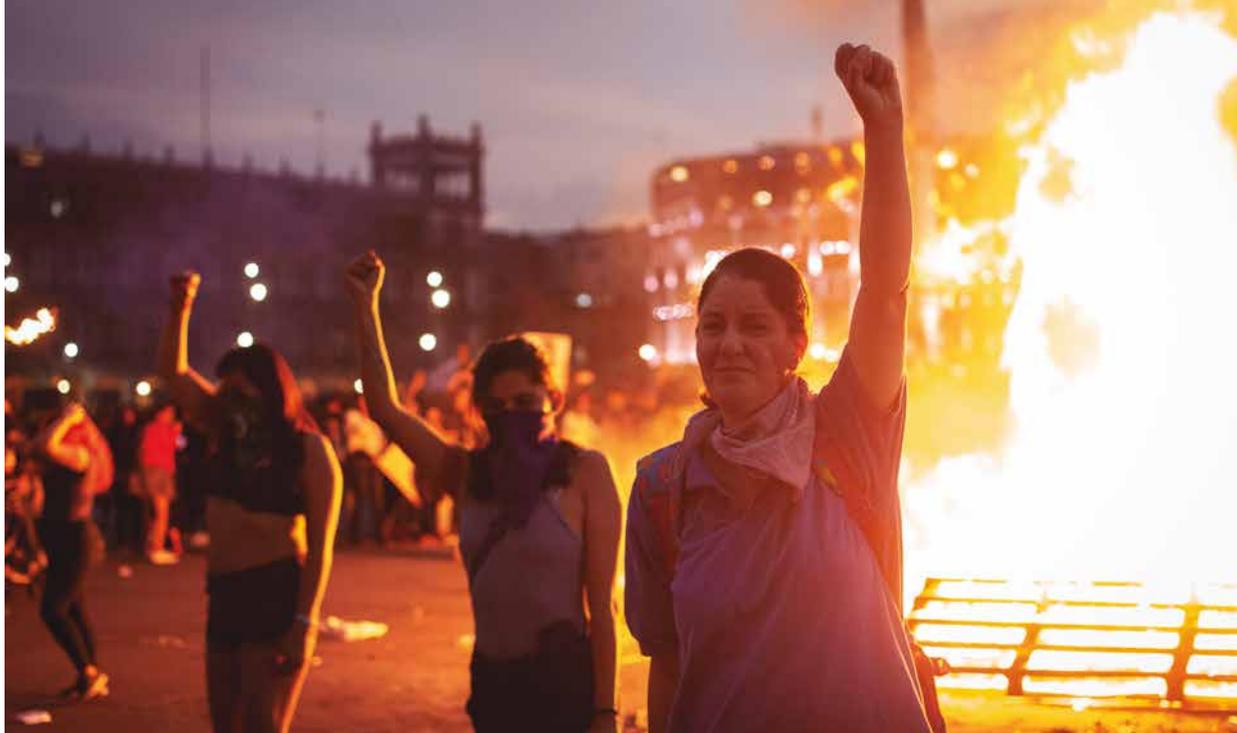
Podría decirse que hay mucho que reprochar en un movimiento tan amplio y profundo como el feminismo, pero el neofeminismo,

lejos de traicionar al feminismo original y a sus valientes pioneras, continúa llevando la antorcha.

El feminismo se entiende a menudo como un “movimiento social” o un “movimiento de protesta”. Esto es un gran error. El feminismo no es un “movimiento”, sino nada menos que la segunda gran etapa del proceso de democratización de las sociedades europeas, que se inició en el siglo XVIII. Mientras las mujeres fueron excluidas, la democracia continuó siendo un proyecto inconcluso, incoherente y trunco, creado por hombres para hombres, que ni siquiera se dieron cuenta de que habían dejado a la mitad de la humanidad a un lado.

Proceso histórico

En 1776, John Adams, uno de los líderes de la independencia estadounidense –que daría al mundo una de sus mayores democracias– y futuro segundo presidente de Estados Unidos (1797-1801), respondió a su esposa, Abigail, quien le suplicó que “recordaran a las mujeres”, que su petición “lo hizo reír mucho”: “Puedes estar segura que sabremos hacer algo me-



Susana Fuentes: Día Internacional de la Mujer, Zócalo capitalino, 2020.

por que destruir nuestros sistemas masculinos”. John Adams tenía razón. El sistema masculino se mantuvo firme, lo mejor que pudo, y las demandas de igualdad de las mujeres hicieron reír a muchos hombres durante mucho tiempo.

El movimiento sufragista, por el derecho al voto de la mujer en Inglaterra, no tuvo éxito sino hasta que las mujeres recurrieron al terrorismo a partir de 1912 (utilizando bombas y causando incendios para hacerse escuchar). Por lo tanto, el feminismo es más que un simple movimiento social. Constituye la segunda gran etapa del proceso histórico de democratización, etapa en la que las mujeres debieron luchar contra la sociedad en su conjunto, en lo más poderoso e íntimo de esta.

Sin embargo, una vez que se ganó el derecho al voto y se adquirieron los derechos civiles (proceso que duró hasta la década de 1980 en varios países occidentales), las mujeres se vieron obligadas a constatar que seguían haciendo lo que siempre habían hecho: ser responsables de las tareas del hogar y de los niños, definirse por sus cualidades domésticas y la elegancia de

su vestimenta, ser excluidas de la esfera pública, desempeñar un papel subalterno en la producción de riqueza, ser objeto de depredación y violencia sexuales. A pesar de su acceso a los derechos civiles, las mujeres permanecieron fundamentalmente devaluadas en su existencia social (invisibles, excluidas de la gestión de los asuntos económicos y públicos, relegadas a tareas inferiores, reducidas a su apariencia sexual, burladas o aduladas por su cuerpo, violentadas, etc.).

Movimiento de emancipación democrática

Si la desvalorización continuaba siendo la experiencia central de la mujer, significaba que un mecanismo más poderoso que el derecho formal estaba contribuyendo a las desigualdades de género: para que las mujeres ejercieran plenamente sus derechos, era necesaria una reforma de ese inconsciente cultural que avalaba su exclusión. La familia –lugar mítico e idílico de las sociedades burguesas– resultaba ser el lugar privilegiado para la producción y el mantenimiento de la dominación masculina. El amor,

la familia, el cuerpo, la sexualidad, la galantería, todas estas interacciones que hacían de las relaciones heterosexuales una fuente de placer, resultaron ser los vínculos de transmisión de la exclusión de la mujer de la esfera pública.

El feminismo se colocó entonces en una posición que casi no tiene antecedente histórico: la de cambiar las acciones, dogmas y hábitos antiguos del grupo que las dominaba. Solo el cristianismo había intentado un cambio tan total y radical de comportamientos, de creencias, de formas de deseo y de la relación con el cuerpo. Pero la cristiandad, al menos a partir del siglo IV, pudo hacerlo “desde arriba”, creando la Iglesia, movilizándolo el poder del Estado y sus ejércitos. Las mujeres exigen una transformación no menos profunda pero “desde abajo”, sin precedente en la historia.

Reformar el lenguaje, los contenidos, las imágenes, los gestos, las intenciones, los deseos constituyen los objetivos del proyecto de democratización feminista. No tenemos ningún ejemplo histórico de una transformación de tal magnitud que haya tenido lu-

gar por parte de un grupo que no controla ninguna de las grandes instituciones políticas, culturales y económicas. Esta es, sin duda, la razón esencial por la que se denuncia al feminismo, movimiento de emancipación democrática por excelencia: precisamente por la brecha entre la profundidad de los cambios que exige a la clase que lo domina y la debilidad de sus medios y del aparato institucional que lo sustenta.

Aquí es donde las redes sociales entran en escena y representan un golpe de suerte inesperado para las mujeres, que se habían acostumbrado a la indiferencia generalizada de la policía, los medios de comunicación, los tribunales y los parlamentos hacia sus problemas: violación, acoso, violencia doméstica. Si se les cerraban los canales tradicionales de la justicia, ¿no era natural que tomaran el camino –ciertamente menos regulado pero más efectivo– de las redes sociales?

Neofeminismo y religión

Esta apuesta tiene un éxito brillante. No hace falta decir que las redes sociales en ocasiones conducen a graves abusos (denuncias, linchamientos, burla de la presunción de inocencia), pero, gracias a su uso, por primera vez los hombres poderosos se vieron obligados a restringir su acceso directo al cuerpo de la mujer. Es la capacidad del hombre de “aprovecharse” cuando le apetece y hacerlo con impunidad lo que el feminismo está transformando. Si a veces adquiere el aspecto de cruzadas puristas y justicia sumaria, es por la debilidad de los medios institucionales de que disponen las mujeres para transformar los comportamientos en el centro de la dominación.

El neofeminismo tiene aspectos eminentemente criticables, en

particular su tendencia al purismo, a confundir lo trivial con lo criminal. Aún más problemática es su indecisión sobre la cuestión del universalismo. Como mujer franco-israelí, no puedo dejar de dar testimonio de los intentos cada vez más exitosos de los partidos políticos israelíes ultraortodoxos de prohibir y reglamentar la existencia de las mujeres en la esfera pública. Según estos partidos u organizaciones ultraortodoxos, las fotos de mujeres, incluso vestidas de pies a cabeza, no pueden publicarse en los periódicos religiosos (por ejemplo, habían borrado a Angela Merkel de la foto de los líderes mundiales marchando tras los atentados de 2015 contra *Charlie Hebdo*). Ningún partido religioso tiene mujeres; ellas no tienen el derecho de hablar en una asamblea pública o en la radio y, de manera más prosaica, no pueden sentarse al lado de un hombre en una ceremonia oficial.

Una religión así (y está lejos de ser la única) es incompatible con el principio democrático de igualdad entre hombres y mujeres. Afirmar lo contrario en nombre de una supuesta tolerancia hacia las minorías religiosas es mostrar un compromiso débil con las mujeres, siempre las primeras en ser sacrificadas por otras causas. El neofeminismo, por lo tanto, no ha resuelto su problema con la religión, pero es porque este tema en sí ha permanecido sin resolver en la democracia en su conjunto. El universalismo –a condición de que no sea ingenuo, ni arrogante, ni conquistador– ha sido y sigue siendo la piedra angular sobre la que se ha construido el feminismo como movimiento que completa y profundiza la revolución democrática.

Terminaré con una bella cita de la feminista Shane Phelan:

Si transformamos (la política de identidad) en una demanda de pureza en todos los niveles de nuestra vida, estamos negando las vidas por las que comenzamos nuestra lucha. Si queremos ser libres, debemos aprender a aceptar la paradoja y la incertidumbre; en resumen, debemos abrazar la política. La política de identidad debe basarse no solo en la identidad, sino en el gusto por la política como arte de la convivencia. La política que ignora nuestras identidades, que las convierte en cosas “privadas” es inútil, pero las identidades no negociables nos esclavizarán, sean impuestas desde el interior o desde fuera”.

La política como el arte de convivir entre hombres y mujeres será la tercera gran etapa de la democratización de nuestras sociedades. Para que esto suceda, los hombres deberán compartir su inmenso poder con las mujeres. **LPyH**

* Publicado originalmente en *Le Monde*, sección Tribune, versión en línea, 16 de octubre de 2020. Reproducido con autorización del diario y de la autora. https://www.lemonde.fr/idees/article/2020/10/16/eva-illouz-les-femmes-exigent-une-profonde-transformation-par-le-bas-fait-sans-precedent-dans-l-histoire_6056199_3232.html

Eva Illouz es directora de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS por sus siglas en francés). Sus investigaciones se enfocan en la sociología de las emociones y de la cultura. Ha escrito numerosos ensayos, entre otros, *Les Sentiments du capitalisme* (Seuil, 2006), *Pourquoi l'amour fait mal* (Seuil, 2012), *Happy-cratie. Comment l'industrie du bonheur a pris le contrôle de nos vies*, en coautoría con Edgar Cabanas (Premier parallèle, 2018) y *Les Marchandises émotionnelles* (Premier parallèle, 2019).